

El Sentido Religioso de los Antipoemas

Por IGNACIO VALENTE

Al recibir los "Poemas y Antipoemas" en su tercera edición —pocos libros de versos la alcanzan en nuestro medio—, su enésima lectura me ha sugerido una interpretación que desde tiempo atrás se me había impuesto ocasionalmente. Ella se refiere al sentido religioso de la poesía de Nicanor Parra. Puede desconcertar semejante atribución, deducida de una obra que, de buenas a primeras, parece referirse a realidades sobrenaturales sólo para negarlas o hacerlas objeto de un intencionado sarcasmo. Pero, aparte de que eso nada prueba en contra, y aun es un elemento de mi hipótesis, precisaré el alcance de los términos.

Entiendo por sentido religioso de una poesía su virtualidad de ser hecha a partir de una experiencia condicionada por la fe religiosa. Esa determinación puede ser abierta o secreta —aun inconsciente—, y esta fe puede ser la que se tiene, o la que se ha perdido, o aun la que se contradice con fervor iconoclasta. Es así como incluso muchas páginas de agnósticos profesos pueden vibrar de religiosidad y admirar la fe cristiana como la trama invisible de su experiencia. Es el caso patético de un Nietzsche, cuya angustia es de naturaleza casi mística, y cuyo grito "Dios ha muerto" lleva tal carga de abandono y caída y destrucción, que es un extraño testimonio de Dios. No en vano su lucha contra el cristianismo —apunta Jaspers— es consecuencia de impulsos hondamente cristianos, sólo que desligados del dogma y convertidos en pura energía de progreso y, en definitiva, de aniquilación.

Pues bien, nada de eso encontraríamos en la arreligiosidad plácida e indolente de algunos poetas nuestros, como Neruda o Huidobro. Inútil buscar en ellos al cristiano que se ignora, o en su obra el reverso de un Evangelio soterrado. Están demasiado llenos de sí mismos, de su sensibilidad o de su intelecto. Pero el caso de Nicanor Parra me parece muy distinto, y quisiera mostrar por qué.

Su irreverencia irónica, dirigida temáticamente al blanco de ciertas figuras religiosas, es un hecho que, lejos de desalentar mi idea, la refuerza. Esa portada del ángel en los Antipoemas, ese *angelorum* "Fatuoso como el cisne,| Frio como un riel,| Gordo como un pavo,| Feo como usted"; ese tratamiento del cielo en la línea del chiste criollo; la profanación de altares; Pío XII que "Da la nota simpática del año;| Se le aparece Cristo varias veces"; todo esto que hay en Nicanor Parra, ¿no puede ser un exorcismo, una persistencia delatora, la liberación de un cielo que quedó impreso en su experiencia temprana de la vida, la tardía frialdad con que se exhuma un sagrado amor juvenil, y por tanto una manera paradójica de dar satisfacción a su sensibilidad religiosa? Y más aun, su actitud general de irreverencia sarcástica, ¿no es consecuencia de una rebelión permanente contra lo que fue para él, un día, el supremo Orden Establecido?

También podría no serlo, por supuesto, pero yo cuestiono que no lo sea en un incrédulo que duda continuamente de su incredulidad, y que una y otra vez se sueña crucificado. Es difícil encarecer todo lo que contiene un poema como "Las tablas": la conmovedora conciencia del pecado, la aparición de los sucesivos interlocutores que son voces profundas del alma, la piedra cubierta de polvo que lo interpela, el dios que lo mira, las tablas de la ley, os misteriosos pájaros que observan y atestiguan. Cierto es que el poeta se aburre de estas admoniciones y quema el busto del dios, de Dios; pero el fuego sólo dura unos segundos, y al cabo el poeta, abandonado, ya no puede más. Ya no puede más.

"Estoy harto del dios y del demonio", "Nada más antipático que el cielo", "Mi catedral es la sala de baño", "Véndese crucificado de ocasión", "Yo también soy un dios a mi manera": estos versos sueltos, dispersos en un mismo poema, son quizá las heridas secretas y los recursos defensivos del hombre que escribe: "Disimulo mis llagas a granel| Yo me río de todas mis astucias| Porque soy un ateo timorato".

Debe serlo, cuando se interroga sobre Dios y la vida eterna con una insistencia obsesiva, casi unamuniana. Tras de una mención decidida del paraíso perdido, clama: "Responde sol oscuro| Ilumina un instante| Aunque después te apagues para siempre". Y de un modo sensiblemente análogo: "He preguntado no sé cuántas veces| Pero nadie contesta mis preguntas.| Es absolutamente necesario| Que el abismo responda de una vez| Porque ya va quedando poco tiempo". El poema "Discurso fúnebre" es una sola prolongada y lacerante interrogación. El poeta quiere saber si hay vida eterna. Alguien tiene que estar en el secreto. Alguien debe sacarlo de la duda. "Sepulturero, dime la verdad,| Cómo no va a existir un tribunal,| O los propios gusanos son los jueces". "Contestad o me arranco los cabellos". "Estoy viejo, no sé lo que me pasa,| ¿Por qué sueño clavado en una cruz?".

Pero donde Nicanor Parra se acerca hasta la identidad a las intuiciones de los espíritus contemplativos es en la desmedrada, sórdida, corrompida condición de la existencia humana si no hay Dios. Sus afirmaciones condicionales podrían ser suscritas por cualquier creyente. San Juan de la Cruz podría corroborar este poema: "Señoras y señores:| Yo voy a hacer una sola pregunta:| ¿Somos hijos del sol o de la tierra?| Porque si somos tierra solamente| No veo para qué| Continuamos filmando la película:| Pido que se levante la sesión". El poeta es testigo doliente de la gratuidad, la contingencia, la finitud, la carencia de sentido, la farsa y la aberración del existir humano sin esperanza y sin Dios en el mundo. Sin Él, todo lo que podría ser salvación se vuelve fuerza corruptora. Hay una verdadera ilación causal entre estas constataciones: "El arte me degenera| La ciencia me degenera| El sexo me degenera" y el verso siguiente, abrupto final del poema: "Convénzanse que no hay dios".

Que es tanto como postular la radical incertidumbre de esta suposición.

Si Claudel pudo ver en Rimbaud a un místico al revés, si tantos han visto algo parecido en Nietzsche o en Kafka, salvando las distancias, ¿será mucho buscar en los Antipoemas el fragmentado reverso de una figura que, recompuesta con los ojos de la fe, resulta ser la de Cristo Crucificado, amado y perdido y siempre recuperable? Pues quizá la alternativa, en tales casos, sea el reencuentro con la fe o la aniquilación personal.

Yo sé que algunos espíritus superiores, ateos frívolos, deistas enciclopédicos, creyentes rutinarios —tampoco difieren mucho entre sí tales especies—, sonreirán con desdén ante estas digresiones. Son los que no han sentido nunca el hambre de lo Absoluto, la pasión del Único Necesario. Tal vez, sí, estén en lo cierto al pensar que estas líneas han errado su destino. Quizá fueron escritas para la persona del poeta, como en una carta personal, más que para las columnas de un diario. Si aquí fueron a parar, es sólo porque también quieren responder a quienes me preguntan por qué encuentro tan grandes los Antipoemas y tan admirable a su autor.